



## XIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

**“Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”  
“Muchacha, a ti te digo: levántate”**

*Luis Fernando Crespo*

No olviden leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Sabiduría 1,13-15; 2,23-24; 2 Corintios 8,7.9,13-15; Marcos 5,21-43

La primera lectura de este domingo está tomada del libro de la Sabiduría. Es el último libro escrito del Primer Testamento, pocas décadas antes del nacimiento de Jesús y pertenece a la colección de los libros llamados “sapienciales”. Recoge las reflexiones acumuladas en la tradición bíblica sobre la vida, la muerte, el poder político, en general sobre el quehacer humano. El texto escogido para este domingo constituye un buen marco para encuadrar un relato del evangelio –Jesús ante la realidad humana de la enfermedad y de la salud, de la muerte y de la vida- y a la vez, para proyectar alguna luz sobre problemas, situaciones y actitudes humanas actuales. Muchas personas, incluso cristianas, consideran la enfermedad y la muerte, el sufrimiento generado por maltratos, decisiones e indiferencias humanas, como castigo de Dios. La Sabiduría responde con una afirmación tajante: “Dios no hizo la muerte, ni se alegra en la destrucción de los vivientes”. Y añade: “Dios lo creó todo para que subsistiera”, es decir para que alcance su realización plena. Y eso manifiesta la “justicia” de Dios, que es “inmortal”. Es un tema mayor en el libro de la Sabiduría. Dios en su creación amorosa está del lado de la vida, se define como “amigo de la vida” (11, 26). Los seres humanos, creación suya, “imagen de su mismo ser”, reciben como sentido y tarea de sus vidas “la inmortalidad”, es decir, cuidar y proteger la vida propia y la de los demás de todo lo que la amenaza y trae muerte. “La muerte entró en el mundo por envidia del Diablo... y sus secuaces”. Entiendo que se refiere no a tanto a la muerte natural, expresión de la condición finita del ser humano, sino a la muerte provocada por otros –individuos o mentalidades y sistemas. El texto lo formula de manera teológica y a la vez histórica: –“por el Diablo y sus secuaces”, por actitudes y responsabilidades de quienes rechazan el proyecto de Dios, ponen por delante su egoísmo -raíz última del pecado-, sus intereses individuales, su indiferencia ante el sufrimiento, el hambre y la necesidad de los pobres. Justo lo contrario de lo que se propone en todo el texto bíblico. La guerra –atentado planificado

---

\* Ciclo A

y cada vez más sofisticado y mortal- como solución de conflictos y enfrentamientos no tiene justificación teológica. La violencia, el sistema social y económico “que mata” (Francisco) no tienen su origen en Dios sino “en el Diablo y sus secuaces”. Así los califica la Escritura.

El relato del evangelio nos propone dos acciones de Jesús, una de curación y otra de resucitación, de dos mujeres, una adulta, y la otra una niña de doce años que se encuentran en grave situación de salud. La curación de la mujer adulta está referida como una interrupción en medio del relato en el que Jesús se ha puesto en camino hacia la casa del Jefe de la sinagoga que se ha prostrado a sus pies para rogarle por la curación de su hija, que “está a punto de morir”. Están ya de camino hacia la casa de Jairo, rodeado de mucha gente, cuando “una mujer que padecía flujo de sangre... y que había sufrido mucho” se acercó “por detrás entre la gente y tocó su manto”. Según la Ley estaba impura, e impuro quedaba a quien tocara. “Habiendo oído lo que se decía de Jesús”, estaba segura de que sanaría. Sigilosamente se le acerca, toca su manto y “sintió en su cuerpo que quedaba sana del mal”. Jesús no se contenta con el anonimato de quien confió en él, desea alabar y proponer como ejemplo la fe de aquella persona – mujer, sufriente, impura, avergonzada, en medio de la multitud- en contraste con los discípulos a quienes poco antes había reprochado su falta de fe (4,40). Con respeto y suma delicadeza la acoge y le dice: “Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz”. Es el mejor elogio, agradecido, en labios de Jesús, el mismo que dirigió también a otra mujer, la pecadora que en el evangelio de Lucas se presentó en casa del fariseo Simón (Lc.7,50).

Jesús continúa su camino para atender la petición de Jairo por su hija enferma. En el camino una noticia desalentadora: “Tu hija ha muerto”. Jesús, profeta del Dios de la vida, no se da por vencido y anima al padre de la niña a mantenerse en la confianza: “No temas, solamente ten fe”. Y, de nuevo, la fuerza sanadora de Jesús y la delicadeza de su gesto con la niña: “tomando la mano de la niña, le dice:... Muchacha, a ti te digo, levántate”. (La palabra original, en griego, es la misma que se emplea para designar la resurrección de Jesús). No es una sanación “al paso”, más bien manifiesta una relación personalizada, en el gesto (“tomando la mano de la niña”) y en la palabra (“a ti te digo”). Finalmente, Jesús ¡tan humano!, realizada la curación, no se desentiende, sigue atento al bienestar cotidiano de la niña “y les dijo que la dieran a ella de comer”. Sabe conjugar bien lo importante y los detalles.

En el relato hay algo que resultaba notable en su tiempo: por un lado la consideración y atención a la causa de dos mujeres, superando los prejuicios culturales de la época para con ellas: mujeres, insignificantes y sin relevancia para ser atendidas por un varón reconocido como “maestro”; y además la atención a la causa de situaciones humanas privadas, tan comunes y cotidianas referentes a la salud. La lectura demanda e inspira mucha atención (crítica y resolutiva) sobre el papel de las mujeres en la iglesia. En el seguimiento de Jesús –criterio y norma esencial de identidad eclesial- aún falta recuperar mucha memoria de su manera de pensar y actuar. En los evangelios, escritos por mano masculina, y en el contexto patriarcal de su tiempo, encontramos intensamente presentes a las mujeres: consideradas por Jesús interlocutoras y

discípulas que lo siguen hasta la cruz, primeras destinatarias y anunciadoras de la resurrección. En realidad, en la Iglesia actual más que la presencia de las mujeres -que es realmente mucha y de gran calidad: en las parroquias, en las tareas de catequesis, de caridad, y especialmente en el ámbito rural y de la Amazonía- lo que falta es, más bien, el reconocimiento (¿"ministerial"?) de su servicio y de su responsabilidad en las instancias de representación y de toma de decisiones. Hay que ir pasando de la etapa de estudio sobre el tema a la de concreción de algunas resoluciones.

Retomando el texto de Sabiduría: -Dios creador y cuidador de la vida- y el del evangelio -la atención de Jesús a la salud y a la vida de las dos mujeres-, ¿cómo no sentirnos escandalizados y desafiados por tantas formas, todavía, de postergación, desprecio y desconsideración a las mujeres y por la pasividad ante maltratos, violaciones y feminicidios? Se juntan machismo y racismo especialmente con las mujeres del mundo andino y amazónico. Las violaciones de las niñas no pueden quedar como un tema menor, que con los días pasa y se olvida.

La segunda lectura, tomada de la Segunda carta a los Corintios, es una exhortación a la generosidad, para "probar la sinceridad de su caridad". Pablo había tomado muy en serio la recomendación que le hicieron en Jerusalén: "Sólo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, cosa que he procurado cumplir" (Gal.2,10). Para eso había organizado una colecta en las iglesias y ahora se dirige a los de Corinto para motivarlos a ser generosos y solidarios. El argumento va a la raíz de la experiencia cristiana: "la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por ustedes se hizo pobre a fin de enriquecerlos con su pobreza". Con mucha sensatez y realismo Pablo no les pide a los corintios "que pasen apuros", sino que sean generosos para que "reine la igualdad". Esta práctica de solidaridad con los pobres era un signo de comunión -al menos una aspiración reconocida- en las primeras comunidades cristianas (Hech. 2,44-45; 4,32.34-35). En el fondo lo que plantea Pablo es que la fe en el Señor Jesús, en su entrega generosa, ha de traducirse en la preocupación eficaz por los hermanos, en concreto por la vida de los pobres, para que "reine la igualdad", la justicia y la fraternidad. Es la "caridad política" que recordaba y urgía Francisco en la encíclica "Fratelli tutti": "Esta caridad, corazón del espíritu de la política, es siempre un amor preferencial por los últimos, que está detrás de todas las acciones que se realicen en su favor" (nº. 187). Una mirada a la realidad con ojos de fe reclama que hay que poner las prioridades y los esfuerzos en atender con prontitud y eficiencia las necesidades y condiciones de vida de los más pobres. Lo que supone un cambio profundo en el reconocimiento de su "igualdad" como personas y ciudadanos, capaces ellos también, de discernir y proponer lo que estiman como bien común.

Finalmente, ante las dificultades que se van creando para definir nuestro futuro inmediato como país, sería bueno rogar al Señor para los actores políticos aquella sabiduría que el sabio rey Salomón pedía a Dios: "un corazón atento para hacer justicia a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal".